

bras, ò voces, para la queja, ciones, enriqueciéndose continuamente de meritos.

CAPITULO V.

DE LAS ASPERISIMAS PENITENCIAS del Siervo de Dios, y de su continua mortificacion de sentidos, con algunos casos prodigiosos.

EN las mortificaciones, y penitencias, que à mas de ser parte de la Justicia vindicativa, son la sal que preserva de corrupcion las costumbres, refrenando los apetitos, defendiendo los meritos, y allanando el paso para coronarse de triunfos, fue tan insigne el V. P. Fr. Antonio, que se hace imposible el laconismo en la relacion de este asunto. Comenzó temprano à tratarse con aspereza, como aconseja el Espiritu Santo al Varon Justo, rindiendo desde su niñez lo brutal à la razon, y castigandose como culpado, antes de tener edad para poder ser delincuente. Trasplantado à la Religion, dió desde luego tales muestras de estar enseñado en el manejo de estas armas, tan provechosas, como usadas de

los Santos, que à juicio de sus Directores, excedian sus fuerzas el común nivél de la debilidad humana. Sus disciplinas frecuentes, y las mas de sangre, su continuo uso del silicio de alambre, ò cerdas, sus alimentos rusticos de yervas silvestres, y amargas raíces, sus ayunos rigurosos, y no interrumpidos, sus vigiliass sucesivas, y tan largas, y su caminar à pie descalzo tantos millares de leguas, sin guia, sin vagage, sin bastimento, expuesto à la inclemencia, al desabrigo, y à los peligros, no solo se pueden llamar pàsmo de mortificacion, y asombro de la penitencia, sino continuos ensayos del martirio, que deseó toda su vida conseguir de manos bárbaras. Quantas veces le cogió la noche en las bastas soledades de

este mundo al arrimo de los peñascos, ò de algun arbol infructifero, hecho víctima generosa del sufrimiento, y gloriosa emulacion de los Macarios, Ilariones, Zosimos, Serapiones, Onofres, y otros de los mas famosos Héroes, que habitaron los desiertos de Egipto, y las cuevas de Palestina? *Tomese por fee, y testimonio* (solian decir algunos Sugetos de los mas insignes de la Sagrada Compañia de Jesus) *que el P. Fr. Antonio Margil ha andado desde Mexico à Guatemala à pie, y no es menester mas para canonizarle.*

Era este dicho muy familiar entre estos Sapiientissimos, y experimentados Varones, así por lo dilatado del viage, como por lo empinado de las cuestas, por los derrumbaderos de las montañas, y lo escaso de viveres, y alimentos: todo lo qual, hace necesario el transitar con generosas mulas, para lograr la escasa comodidad, que ofrecen las cortas posadas, que se hallan en tantos centenares de leguas. Y si à esto añadimos, que este camino lo anduvo el Siervo de Dios varias

veces, segun queda dicho, con otros no menos asperos, como son los de Nicaragua, Costarica, Talamanca, Tejas, Nayerit, y otros varios, salpicando las piedras, y arenas con la sangre de sus pies, ¿quién no dirá, que estas voluntarias carnicerías, que en un pecador fueran penitencias grandes, y mortificaciones heroicas, en un Varon tan inocente, se deben llamar martyrios? Pues agreguemos à esto aquella extraordinaria velocidad con que corria la tierra; aquel incansable espíritu con que hacía Coro de los desiertos, alabando à Dios nuestro Señor, y à su Santissima Madre, conmoviendo las chozas de los rusticos, las cabañas de los Pastores, los Pueblos, y las Ciudades; aquel infatigable zelo con que se egercitaba en predicar, y confesar, luego que llegaba à los Poblados, sin quedarle tiempo muchas veces para tomar un ligero descanso, y siendo necesario que le hiciesen varias instancias para reparar la flaqueza humana con algun corto alimento. Y por fin, tengase presente, que despues de tan penosos afanes, se levantaba à

las dos de la mañana (si acaso se havia acostado algun rato de rendido) proseguia confesando à los que podia, decia Misa, les daba la Comunión, y les hacia una exhortacion fervorosa, con que se despedía para continuar su derrota, dejando à todos llenos de dulcissimos sentimientos de ternura; y bien reflexionado todo, con lo demás que se irá descubriendo, no hallarémolos en todos sus pasos, y acciones, sino mortificaciones activas, y pasivas, ò penitencias interiores, y exteriores.

Por los propositos que hizo en compañía del Venerable Fray Antonio de los Angeles, siendo Guardian de este Colegio, y los revalidaron despues varias veces, postrados ante el Trono de la Beatísima TRINIDAD, pidiendo la Divina Gracia para cumplirlos, por intercesion de los Angeles, de los Santos, y de la Santísima Virgen MARIA, se podrá conjeturar este punto, con mas abundantes expresiones de las que puede alcanzar mi pluma: *La vista (dice) la ofrecemos à nuestro dulcísimo JESUS, el oído al*

Padre Eterno, el olfato al Espiritu Santo, la habla à la Reyna de los Angeles, el tacto al Señor San Josef, y à nuestro Padre San Francisco: Y las tres Potencias del Alma à Dios Padre, à Dios Hijo, y à Dios Espiritu Santo. Revalidamos los tres Votos, y ofrecemos el de la Obediencia à nuestro Señor Jesu-Christo, el de la Pobreza à nuestro Padre San Francisco, y el de la Castidad à la Soberana Reyna de los Cielos, y à todos los Angeles. Con esta ayuda, y favor, y con la de los Santos Apostoles, Santos Patriarcas de las Religiones, y de todos los Santos, y Santas, hacemos tambien los propositos siguientes. El primero, no mirar al rostro cuidadosamente à ninguna criatura, aunque con los parvulos se permite con alguna noble consideracion. El segundo, no salir de la Clausura por propia voluntad, si no lo manda Jesu-Christo. El tercero, no disculparse, ni defenderse, por falsa, y grave que sea la calumnia, si no redundase en honra de Dios, y bien del proximo. El quarto, obedecer à toda criatura en lo posible por amor de Dios, mirando à sola su Magestad en ella. El

quinto,

quinto, no hacer cosa, por minima que sea, sin la bendicion de Jesu-Christo, ò de su Imagen, con cautela. El sexto, no usar de cosa que primero no haya servido, ò despreciado otro, si se puede conseguir cautelosamente. El septimo, no pretender cosa alguna con pretexto de consuelo, y recibir solo el que Dios diere. Estos siete propositos van ofrecidos à las Llagas de Christo nuestro Redentor, à los Dolores de la Reyna de los Angeles, y à los Dolores, y Gozos del Patriarca Señor San JOSEF.

En quanto à las mortificaciones, que son el primor, y esmero en los actos de Comunidad, y de la Obediencia, permitiendolo esta, será la primera, dar quando mas al fumento quatro horas de descanso. La segunda, no tomar mas alimento en tiempo de carne, que el caldo, y yerbas, con abstinencia perpetua de carne, y pescado. La tercera, continuo ayuno, exceptuando los Domingos. La quarta, ceñirse el sílicio de cerdas los Lunes, Miércoles, y Viernes, y en Adviento, y Quaresma todos los dias. La quinta, tener disciplina todos los dias, menos el Domingo, y an-

dar la Via-Sacra todos los dias. La sexta, no comer fruta alguna. La septima, hacer el Egercicio de la Madre Antigua todos los Viernes. A mas de esto, son nuestros pasos ofrecidos al Eterno Padre, unidos con los que dió su Santísimo Hijo nuestro Redentor, desde que celebró la Cena, è instituyó el Santísimo Sacramento, hasta las tres de la tarde, que espiró en la Cruz, y nuestra oracion, y obras unidas con su intencion misma. Desde las tres de la tarde son unidos nuestros pasos, è intencion con los que dió nuestra Dolorosísima Reyna, hasta que le dejó en el Sepulcro, y volvió al Cenaculo. A este Rey, y Reyna acompañamos, cuyos Esclavos somos.

Con lo dicho, parece por demás el continuar la relacion de esta materia, siendo constante la exactitud con que las obras correspondieron à tan arduas resoluciones, ideando continuas invenciones, para dar à cada potencia, y sentido especial mortificacion. Los ojos, parece que los tenia por demás en la cara, y pudieran vivir quejosos de verse tan oprimidos, à no haverles concedido el Cie-

lo

lo en algunos casos la gracia, de que encerrados en los parpados, y con la obscuridad de la noche, fueron linceas para ejercitar su Oficio. Solía à ratos coser algun Habito, ò remendar las Tunicas, y uno de los mas asistentes Compañeros que tuvo en Tejas, depuso con juramento haver observado, que cosiendo en una ocasion el V. P. à priesa, y casi de noche, le salió la labor muy primorosa, siendo asi, que el que estaba à la parte de à fuera, y era mozo, apenas daba las puntadas à tiento. En el tiempo que estuvo en el Lacandón, en compañía del Reverendo Padre Fray Blás Guillén, le cogió una vez la noche remendando el Habito, que por roto havia llegado à tal extremo, que estaba casi todo destrozado. Era la noche tenebrosa, la pieza obscura, y no tenia mas luz que la de los relampagos para proseguir sus remiendos. Con esto le hizo instancia el Compañero para que dejase esta diligencia por entonces, alegandole, que con tanta obscuridad no era dable hacer costura buena. Respondióle el bendito Padre con su acostumbrado gracejo, que no era obra en que havia de reparar el Obispo; y fue prosiguiendo su empresa, para poder vestirse su Habito Apostolico el siguiente dia, haviendole sido preciso para remendarlo, y labarlo, el vestirse de Mercenario. Recogióse el P. Fr. Blás, y haviendo madrugado cuidadoso, juzgando que tendria mucho que reir, no pudo menos que admirar lo que pensó celebrar con risa. Salió para la Iglesia, donde le esperaba el P. Fr. Antonio vestido ya con su Habito, y observando con curiosidad las costuras, y remiendos, advirtió, que si el mejor Oficial de Sastrería hubiera puesto todo su esmero con dos hachas encendidas, ni los remiendos hubieran quedado mas iguales, ni mas primorosos los respuntos. Como el Siervo de Dios miraba à todas horas à lo del Cielo, no necesitaba de mendigar luces del mundo, por ser mayores las que rayaban dentro de los senos del alma, para los necesarios aciertos. En esta misma atencion, quando vino à ser Guardian de este Colegio, entró en la Iglesia de nuestro Convento de

de Ciudad-Real, y despues de haver hecho oracion, dió memorias del expresado Religioso à su Madre, siendo asi, que ni la conocia, ni preguntó por ella, y tenia cubierto el rostro con el manto.

Puso igual cuidado en mortificar el sentido del oído, para atender con prontitud à las instrucciones del Cielo. En cierta ocasion, que obligado de un Superior asistió à un cortejo religioso, que se le hacía por primicias de su Oficio, no supo despues dar razon de lo que havia sucedido, porque arrebatado de otras serias consideraciones, todo el tiempo que duraron las Poesías, no vió, ni oyó cosa alguna de quantas pasaron en aquel privado Theatro. San Ambrosio, con su respetable autoridad, christianizó aquella fabula, que la ficcion de Homero inventó de Ulises, diciendo, que para librarse de la crueldad de las Sirenas, que cantaban dulcemente, se hizo atar al arbol de la Nave, y tapó à sus Compañeros los oídos. Nuestro V. P. no necesitó de verse en los mayores riesgos, para exceder à Ulises en la cau-

tela de este sentido, que nos dió el Señor, para que por él entren al Alma la fé, y la palabra de Dios, segun David, y San Pablo, pues procuró siempre evitar conversaciones, y platicas indiferentes, como si fueran chispas arrojadas sobre polvorera. Quando la Caridad lo precisaba à comer, ò cenar en el siglo, luego que se concluía la comida, ò cena, se levantaba de la mesa, diciendo con gracioso donayre: *Ya el Borrico ha comido zacate, ahora necesita de reclinarse.* Y con este disfráz se retiraba, aun de los mas honestos bullicios, y politicas del siglo. En uno de los Lugares del Obispado de Guadalajara, fue à visitarle un Caballero Valenciano, y despues de saludarle, le dijo: *Reverendísimo Padre, somos Paysanos.* Oyóle el Siervo de Dios con su agradable semblante, y le respondió con sus acostumbradas máximas de desengaño: *No hay duda en lo que dice Vmd. pues todos somos naturales de aqueste Valle de Lagrimas.*

Como estaba tan lejos de que se le pegase cosa de la tierra, ni aun el polvo de los res-

petos humanos, le faltaban oídos para las cortesanas dulzuras, que hacen prevaricar à los mas cuerdos, sino andan muy sobre aviso; mas à este paso lo dotó el Cielo de una maravillosa atencion, para escuchar las necesidades del proximo, segun queda dicho en lo antecedente, y lo confirmará el siguiente caso. Hallandose hospedado una noche en el Valle de Guajuco, recogidos ya todos los de la Hacienda, se desveló sobre manera el dueño de la familia: de forma, que advirtiendo su Esposa la inquietud con que estaba, le preguntó si tenia algun motivo para tanto desasosiego. *Verdaderamente no sé que desvelo es este,* (respondió el Caballero muy confuso) *y se me están acordando todos quantos pecados he cometido en mi vida. Si tuviera al Padre aquí, ahora mismo haría por confesarme.* Aun bien no havia dado esta respuesta à su muger, quando oyeron, que el P. Fr. Antonio tocaba à la puerta del quarto, que estaba algo apartado del de su hospicio, preguntando desde afuera en voz compasiva: *¿Ay quien se quie-*

ra confesar? Si Padre, le respondió al instante el perturbado hombre; y vistiendose sin dilacion, se retiró à un rincon de la casa con el Siervo de Dios, y logró hacer una confesion tan à su gusto, que quando despues solía referir este suceso, se llenaba de consuelo extraordinario, contando esta dicha por una de sus mayores fortunas.

En la memoria de los propositos, que queda ya referida, consta quan mortificado tuvo el sentido del gusto; pero en ella no se hace mencion de un palillo amargo, que traía continuamente en la boca, para tener el paladar, y la lengua en un perpetuo tormento. Aun quando en las mesas de los ricos usaba de la libertad Apostolica, comiendo lo que le daban, solía echar con disimulo mas sal que la necesaria, ò algun pimiento acre, para que perdiese su sabor el plato mas regalado. De este modo, y con estas industrias penitentes, sabía abundar, y padecer penuria, à imitacion de San Pablo, sin que quedase ofendido el espiritu de la mortificacion entre los mas

mas delicados manjares. *Muchas veces* (dijo el Siervo de Dios à una Persona confidente suya) *me ha hecho el Señor el beneficio de tomar una cosa de su naturaleza regalada, y dulce, y gustar yo en ella un caliz de amargura: y de esto hace el Señor mucho con Fr. Antonio.* En otras ocasiones revolvía las viandas, haciendo aparente la comida, y renovando con cautela el disfráz del Arcangel San Rafael en la casa de Tobias, donde daba à entender, que comia, siendo asi, que en la realidad ayunaba. Siendo el agua el nectar mas apetecido de un caminante sediento, solía llegar à las fuentes en los caminos, y quando los Compañeros se arrojaban desalados à sus cristales, el V. P. se contentaba con mirarla, dando gracias al Soberano Hacedor por tan bella criatura: repitiendo aquella accion de David, quando para templar su ardiente sed, le trageron agua de la Cisterna de Belén, y la ofreció à Dios sin gustarla. En cierto dia, de los pocos que se desayunaba, le administró un pozuelo de chocolate el Religioso que lo tenia por oficio. Aca-

so en la calderilla havian muerto muchas moscas, pues à cada trago escupia algunas: No obstante, acabó de tomar la bebida, y entregó la vasija al Hermano, diciendole con gran paz: *Otro dia tenga cuidado su Caridad con estas avечitas, por otros pobres.*

En quanto al sentido del olfato, ya vimos en el Capitulo segundo de la primera Parte, el reposo con que lo halló, siendo Corista, su Maestro, percibiendo la hediondez de un sepulcro. De este suceso podemos congeturar el gusto con que se ocupaba su fervor, asistiendo à todo linage de enfermos, por asquerosa que fuese la enfermedad; y aunque para este egercicio se le agregase el haver de tolerar el mal olor de algunas inmundas Carceles. Ni para estos casos, ni para los estudios, usó jamas de polvos, ni hubo quien en alguna ocasion le viese oler una flor. Recien venido de Guardian à este Colegio, le pidió un dia un polvo el Medico de la Comunidad, como cosa tan usual entre Religiosos. Oyó la peticion el bendito Padre, y encogiendose de

hombros, le dijo con agradecido sorriso: *Tome Vmd. por donde quisiere, que de pies à cabeza todo soy polvo.* Por el polvo, y por las Estrellas numeró Dios la descendencia de Abraham; y con todo, habiendo de presentar aquel grande Héroe un memorial al Señor, no se acordó de las Estrellas, sino del polvo: porque sabía que aunque el polvo es bageza en el Dictionario del mundo, en el Vocabulario del Cielo, eleva à la mayor privanza.

Ultimamente, tuvo tan mortificado el tacto, sentido que se difunde por todo el cuerpo, que hasta morir no le permitió el menor alivio. Además de los silicios, disciplinas, vigiliass, ayunos, viajes, y otras asperas mortificaciones, trajo algunos años una Cruz de madera inmediata al pecho, con afiladas puntas, que le sacaban la sangre. La faja que usaba para la quebradura, mas que faja era un silicio asperísimo: y de aqui se originaba, que quando en los ultimos años se vió precisado à hacer algu-

nos viages à caballo, lo que era al parecer alivio, le servia de duplicado tormento. Tenia abiertas dos fuentes, y el garvanzo que se aplicaba à cada una, eran dos balas de cera tan grandes, que exceden al mayor grano de uba de los que dà el mas fecundo racimo. La medicina que se aplicó para una lla-ga que se le hizo en la planta de un pie, fue una piedra, y sujetandola con una correa de cuero, continuó su derrota. En el mismo año en que murió, sufrió un agudísimo dolor que le ocasionó una muela, el tiempo de quatro meses, sin omitir sus Apostolicas tareas, hasta que, por fin, sobreviniendole una ardiente calentura, hubo de descubrir la causa de su quebranto, y se la arrancaron para continuar su ministerio. Por conclusion, fue tanta su inclinacion à mortificarse, que al parecer, el alivio le causaba pena, el descanso fatiga, y el gusto amargura, siendo todos sus deseos, sus ansias, y sus ideas, el buscar frecuentes invenciones para crucificarse con Christo.

CAPITULO VI.

DE LA EXACTA OBSERVANCIA CON QUE el Siervo de Dios guardó à la letra la Regla de nuestro Seráfico Padre San Francisco, especialmente los Votos de Pobreza, Obediencia, y Castidad. Y se trata incidentalmente de su continua oracion, y altísima contemplacion, con algunas maravillosas noticias.

Siendo la vida de los Frayles Menores una continua imitacion de Christo Crucificado, y habiendo sido tanto el esmero del V. P. Fr. Antonio en imitar, y predicar à su Magestad con palabras, y con ejemplos, se deja inferir plenamente con quanta exactitud cumplió los Votos de la Religion, y todos los demás preceptos de nuestra Seráfica Regla. De su heroica pobreza, con que esmaltó la corona de sus meritos, no se necesita de mas Testigos, ni de mas prueba, que atender à las frecuentes acciones de su vida, sacrificadas todas alegremente, y con gusto, en las aras de la penuria. Contentóse con un Habito de sayal grosero para cubrir su

desnudéz, sin la tunica interior, que permite à sus Hijos el Seráfico Patriarca, hasta los ultimos años de su vida, en que usó de un corto tunicillo, sin mangas, para abrigar el pecho, obligado de la necesidad, y aconsejado de prudencia agena. En catorce años que trabajó incansablemente en el Reyno de Guatemala, con su Compañero el V. P. Fr. Melchór, trasegando montañas, trepando riscos, y penetrando incultas soledades, no tuvieron mas caruage, ni mas abrigo que el pobre Habito con que entraron en aquellas Regiones, sin que al fin se pudiese distinguir el fundamento, de tantos remiendos como tenia. Sus paños de honestidad eran de sayalete, sin